

Cuerpos

✧ María Luarda

ALGO
SOBRE ONETTI,
LA NOCHE Y
EL TRÓPICO



Relatos eróticos por mujeres

F&G
editores

Lecturas de cuarentena

Lecturas de cuarentena
Algo sobre Onetti, la noche y el trópico,
María Luarda

© María Luarda

El cuento “Algo sobre Onetti, la noche y el trópico” de María Luarda forma parte de la colección de cuentos *Cuerpos. Relatos eróticos por mujeres*.

<http://www.fygeditores.com/FGC9789929552968.htm>



F&G Editores

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com

ALGO SOBRE ONETTI,
LA NOCHE Y EL TRÓPICO

María Luarca

*No tienen bastante con un buen polvo,
quieren tu alma también.*

Henry Miller,
Trópico de Cáncer. 1934.

*Lo malo no está en que la vida promete
cosas que nunca nos dará; lo malo es
que siempre las da y deja de darlas.*

Juan Carlos Onetti,
La vida breve. 1950.

Detrás del vidrio sucio del auto, la carretera me parece más ancha de lo habitual. Puedo imaginarla como el mar a medianoche, silenciosa y oscura, llegando acompañada hasta la punta de mis pies. El beso del agua en el trópico es tibio, como la saliva de un monstruo atontado por el verano. El canto de las cigarras se mezcla con el calor espeso de este viaje. El aire viscoso se adhiere a la piel y resbala lentamente por mi cuello,

trazando un camino que baja desde atrás de la oreja, dibuja una curva tímida por el delgado cuello y se cuelga hasta perderse en el camino al medio del escote. Pienso en Miller y su *Trópico de Cáncer*. En el océano en medio de dos, en el que la miseria es destino para uno y el desasosiego, el camino del otro. Pienso en mis quince años y el desorden de la mente, la anarquía del cuerpo. En Onetti y la chica recorriendo el muelle de Santa María con la valija en mano, en lo mucho que me gustaría ser esa chica o cualquier otra, esbozada con los trazos immaculados de la prosa en los libros de mi repisa.

Esta mañana, cuando mi padre me hizo saber que viajaría a la ciudad con su amigo Gabriel, saqué del armario –a propósito– la camiseta blanca con el escote profundo y los jeans gastados que dejan entrever la piel moza en las aberturas del tiempo. Visito a mis padres cada fin de semana, cuando descanso del trajín de estudios en la ciudad. Viajo entonces al poblado en la costa, a la casa paterna durante el fin de semana y me pierdo entre libros y dibujos. Los viajes constantes no me permiten tener amigos en ningún sitio: no permanezco tiempo suficiente para estrechar lazos con nadie. Me consuelo con ello cuando noto que soy la única en mi clase que aún no tiene novio. No me faltan pretendientes, pero es seguro que cuando la oportunidad toca a la puerta, yo estoy a kilómetros de abrirla.

Hace dos o tres fines de semana, noto que Gabriel aparece por la casa mucho más que antes, esgrimiendo excusas de todo tipo. Mi padre no

ha notado que me ve diferente, pero yo sí. Es como si hurgara más allá de la ropa, profundamente, bajo la piel. Como si los casi veinte años de distancia entre él y yo fueran un acertijo que necesita ser resuelto. Apenas me habla, pero me mira y es todo lo que necesito para soltarle ataduras a la imaginación. Me veo a mí misma entonces, como la Elsa de Miller, sentada en las rodillas de un amante alelado, que cubre mi boca de besos y que se acurruca en los silencios, contento solo con el aroma a novedad en la piel.

El fin de semana pasado, Gabriel llegó a casa muy temprano. Mi padre estaba afuera, comprando leche para el desayuno y mi madre, atareada en la cocina con mis hermanos pequeños. Bajé las gradas aún adormecida, ataviada únicamente con la camiseta blanca con el escote que deja ver el espacio entre mis senos y unas pequeñas bragas azul cielo. Me lo topé de frente, balbuceó algo, pero no apartaba su mirada de la delgada tela de la camisa y lo que se adivina debajo. Lo imaginé imaginando. Me sacudí el cabello con esa inocencia fingida que es espontánea solo desde la verdadera inocencia y eché hacia atrás los hombros, esperando tensar la tela lo suficiente para —al menos— hacerlo parpadear.

—Buenos días, Gabriel —sonreí—, llamaré a mi madre —y me alejé dándole la espalda. En el corredor, un cesto de naranjas de la finca al centro de una mesa. Me detuve un segundo, para elegir una y darle tiempo de observar mi piel morena y la redondez de mi trasero. Me fui sin voltear a ver.

Es domingo y estoy a 150 kilómetros del examen de Filosofía que debo presentar mañana. Mi padre me ha dicho que Gabriel tiene asuntos que atender en la ciudad y que se ofreció a llevarme. Apareció puntual, a las cinco. Saludó y ambos se acercaron al auto para acomodar el equipaje mientras reían y mi madre me llenaba el bolso de recomendaciones. Partimos.

Cuando viajo no soy yo. También cuando no viajo. Me invento con palabras no dichas, me bordeo con pensamientos. Tengo una nueva piel con cada silencio y los postes blancos en carretera tienen ese efecto hipnótico que potencia la introspección. Me volteo sobre mí y puedo verme desde el reverso del espejo. Desde la carne. Gabriel también parece viajar en su propio velero de misterio. Ninguno habla.

El viaje es largo y poco a poco, he ido resbalando el cuerpo sobre el asiento, para apoyar las rodillas en el tablero al frente y ver pasar las copas de los árboles sobre el cielo violeta. El aire en la camioneta es denso. Hay calor y Gabriel no parece notarlo. Abro la ventana y dejo que el viento me desordene el cabello. La humedad se hace notoria en la delgadez de la blusa y pequeñas perlas de sudor adornan mi escote. Cada cierto tanto, me observa levemente y vuelve a posar su mirada en el camino.

—¿Leíste alguna vez a Onetti? —le pregunto, mientras pellizco la blusa en el abdomen y la sacudo un poco, esperando refrescar la piel debajo.

—No —responde escuetamente. Me erguí en el asiento, mientras doblaba una pierna para cruzar el cuerpo hacia él y seguir hablando.

—Hice una tarea el sábado —le digo emocionada— para mi clase de Literatura. La maestra quiere que expliquemos la frase “El frenético aroma absurdo que destila el amor”. ¿Te dice eso algo a ti?

—No, nada —responde sin dejar de ver al frente.

Sigo hablando: de las fotos, de las cartas, de la traición y la venganza. Del tiempo que pasa dejándonos el alma y el cuerpo maltrechos. De Onetti y las mujeres que son mujeres hasta poco antes de los treinta y después es eso se convierten en un lamento. En una sombra irreconocible para el amor. Del triste destino de ser madres y dejarnos olvidadas en algún punto de la ruta, llevando como ropaje un ajuar de quejas, arrugas y sobrepeso. Del sentido escatológico de la frase que le asigna a todo amor una sentencia de muerte en la mierda. Me ve con una extraña mezcla de resignación y rabia, como cuando has metido el dedo hondo en una herida sangrante.

Mientras suelto esa monserga presuntuosa, agito mi blusa y me inclino lo suficiente para dejar ver el borde del sostén y a su vez, el borde de un pezón caramelo debajo de éste. Meto mi mano por las aberturas del pantalón deshilado y limpio el sudor bajo la lona. Me estiro sobre el respaldo, buscando el aire fresco de la noche que entra por la ventana y la tela de algodón se adhiere a mi abdomen plano. Gabriel se limpia el sudor con el

dorso de la mano. Una hilera de gotitas saladas se forma en su labio y cada cierto tiempo, se toca la barbilla en un gesto que se me antoja desesperado. Ambas manos al volante, apretadas. Responde con monosílabos y de reojo, lo observo cuando me ve sacar la cara a la noche.

Detiene el auto de pronto.

—¿Tienes sed? —pregunta mientras se dirige apresurado a una caseta de lámina a la orilla del camino.

Al lado de la caseta, una iglesia amarilla con cúpulas blancas y una cruz de hierro al frente. Las puertas están cerradas, pero hay suficiente oscuridad para aliviar las ganas de orinar. Camino entre las piedras, el polvo y las sombras y me resguardo detrás de un muro alto. Desde ahí, puedo observar la caseta y a Gabriel. Conversa un poco con la señora, se acomoda dos veces el pantalón en la entrepierna, paga y camina hacia el auto con dos sodas y algo de comer.

—Ya voy —le grito desde las sombras— estoy haciendo pipí. —Hace una señal con la mano, hacia donde estoy pero no me ha visto.

Se acomoda el pantalón de nuevo. La luz del farol en el borde del camino me deja adivinar una erección. Se limpia el sudor de la nuca, vuelve a ajustarse la bragueta, luce incómodo. Camina entonces hacia los árboles, detrás de la iglesia. Desde donde estoy, puedo ver la mitad de su silueta delineada por la luz de la caseta y la otra mitad, parece fundirse con el negro del bosque. Ve nervioso alrededor, asegurándose que está solo. Me da la impresión de que piensa que la espalda de

la Iglesia es también la espalda de Dios y que nadie puede condenar lo que no ha visto. Esa absurda tranquilidad que obtenemos al pensar que, si no hay testigos, en realidad no pasó.

Abre la bragueta del pantalón y lo observo diluirse con la noche. Frenético. Con culpa. Me pego a la pared, tibia por el sol guardado en ella durante el día. Mi pantalón en los tobillos y la espalda húmeda tras la camiseta húmeda sobre la entrepierna húmeda. El culo pegado a la pared, apretado. No me atrevo a tocarme, el muro firme y templado hacen lo suyo. Froto mis muslos entre sí mientras comprimo los músculos y siento la humedad bajando hasta las rodillas. Hay algo de orina y algo de miel en el ocaso. Recuerdo entonces a la triste que acomodaba en su boca el metal frío de un cañón y sobrevino el capricho por lamer la sal en el borde de la carne tensa. Recuerdo a la maestra de Literatura, su ciento de arrugas y el abdomen prominente y pienso en su mirada de abandono que solo se enciende cuando habla a una clase de veinte muchachitas ávidas de lecciones sobre una prosa cruda, carente del revoloteo de mariposas en el estómago y llena de alusiones salóbregas dulces sanguinolentas sobre el amor que se transforma en decepción. Maldigo, con el torso empapado y adosado a la espalda de Dios, la miseria de los sentidos esclavizados por cadenas morales e inútiles, mientras todos mis poros claman por aliviar la amargura de un hombre solitario y triste, que podría ser mi padre.

El cuento “Algo sobre Onetti, la noche y el trópico” de María Luarca forma parte de la colección de cuentos *Cuerpos. Relatos eróticos por mujeres*.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica, WhatsApp: +502 5017-3130

Piedrasanta, WhatsApp: +502 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

KitaPenas Books & Bistro: 2424 7792

F&G Editores, WhatsApp: +502 5406-0909

#YoLeoEnCasa